

Prólogo

En estos momentos me traslado a las épocas históricas que se platican en estas páginas. Hubiera sido deseable que algunas personas vivieran todavía. Yo conocí y conviví con aquellos que vinieron e iniciaron la labor en México y en Culiacán: llegaron a trabajar y aquí se quedaron. Muchos se han preguntado la razón por la cual figuró Culiacán antes que otras ciudades más importantes del país en ese entonces, más apegadas a la religión y con mayor nivel de preparación profesional. Simplemente, porque así tenía que ser. Porque Dios lo quiso así. Por algo será.

Esta tierra de la que aquí hablamos tiene un gran valor en la historia del Opus Dei. No solo por ser uno de los primeros lugares en la expansión de la labor —Culiacán es la segunda ciudad de la República Mexicana en donde la Obra tuvo presencia—, sino también por la forma en cómo permeó la misión de apostolado en una sociedad un tanto cerrada, pequeña y poco religiosa. Pero a la vez, de gente amable, entregada y fiel a sus principios.

Por supuesto que el inicio no fue tan fácil, pues los usos y costumbres del sinaloense eran muy distintos a los europeos,

pero poco a poco se fueron relacionando con ellos, y encontraron los caminos para cumplir con su misión. Así dieron vida a esta hermosa historia que ahora contamos.

Lo que sucedió en Culiacán fue algo maravilloso. Las familias entendieron pronto el espíritu de aquellos españoles que llegaron de una tierra ajena y los arroparon como propios. Lo pequeño de la ciudad, y el círculo en el que se inició la labor sirvió de marco para que el espíritu de la obra se fuera transmitiendo. Tanto hombres como mujeres lo entendieron y se involucraron en esa obra de Dios.

El Opus Dei llama a cada persona a santificar su trabajo profesional, el que tenga, en comunidad con su familia. No llega como institución a una ciudad y se establece con una función social específica. El espíritu de la Obra va permeando amablemente en la sociedad, y por tanto haciéndose cada vez más normal en ella: en la familia, en la empresa, en los trabajadores. Eso es lo que lo define; y eso se lleva a cabo a través de un proceso de amistad, de trato, convivencia y trabajo; del ejemplo y del apostolado personal.

En esta tierra fértil, luminosa y alegre germinó algo grandioso, que cambió la forma de ver y entender el diario trabajar. Aquí se fundaron las primeras instituciones educativas confiadas a la Obra en América: el Colegio y el Instituto Chapultepec. Además, el Colegio fue el primero para mujeres a nivel mundial.

Luego, el Centro Cultural Obrero, orientado a trabajadores de escasos recursos, labores para esposas de obreros, entre tantas otras cosas que influyeron de enorme manera en las personas... Y surgieron tantas vocaciones, gente que entregó su vida y su trabajo a esta misión, y que han sido ejemplo y práctica para otras sociedades.

Este libro nace con una vocación universal, dirigido a personas de todo el mundo. Es fruto de un grupo de amigos que, a lo largo de más de siete décadas, construimos esta his-

toria enamorados de Sinaloa, tierra luminosa y alegre. Ahí me dejé la tercera parte de mi larga vida, a la que tengo un cariño enorme.

Padre Emilio Palafox¹

1. El padre Emilio es Numerario del Opus Dei desde 1941 y fue ordenado sacerdote en julio de 1951. El Fundador de la Obra, san Josemaría Escrivá, lo envió a México un mes después, y desde entonces ha permanecido en este país. Ejerció alegremente su fecundo ministerio sacerdotal en Culiacán de 1951 a 1977. Actualmente vive en Hermosillo, Sonora y ahí escribió este prólogo, poco antes de cumplir 95 años de edad.